

FERENC HERCZEG

**La familia
Gyurkovics**

PALABRA



ROMAN

Título original: *Gyurkovics-lányok. Gyurkovics fiúk.*

- © Ferenc Herczeg
- © Ediciones Palabra, S.A., 2014
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es
- © Traducción: Andrés Révész
Revisado por Francisco José Peña Rodríguez

Diseño de cubierta: Raúl Ostos
Imagen de cubierta: Bazille, Jean Frederic (1841-1870): Family Gathering. Paris, Musee d'Orsay. © 2014. Photo Scala, Florence.
ISBN: 978-84-9061-057-2
Depósito Legal: M. 15.378-2014
Impresión: Gráficas Anzos, S.L.
Printed in Spain - Impreso en España

Todos los derechos reservados.
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro ni su tratamiento informático ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

PRÓLOGO

La familia Gyurkovics es el compendio de dos novelas cortas húngaras: *Las hermanas Gyurkovics* (1893) y *Los chicos Gyurkovics* (1896). La primera de ellas, además, tuvo una adaptación teatral publicada en la revista *Új Idök* en 1895 y fue puesta en escena el mismo año en que vio la luz la segunda parte.

Desde mi punto de vista, Ediciones Palabra acierta ahora al reeditar en español esta novela naturalista con altas dosis de satírica crítica social que debemos a la excelente pluma de Ferenc Herczeg, pues en ella se muestran abiertamente los rasgos estéticos del autor, se entrevé claramente la realidad social húngara de finales del siglo XIX y se establece una contraposición irónica de planos entre la Hungría del Antiguo Régimen, que representan la nobleza y el ejército, y la Hungría de la incipiente burguesía finisecular, representada por la clase política, por la vida cotidiana de Budapest y por el pensamiento y acciones de los jóvenes Gyurkovics, entre otros personajes. Rasgos, todos estos, de un joven novelista, en aquel momento, que llegaría a ser, sin duda alguna, el más popular y el más premiado en su país hasta la instauración, en los años cuarenta, del régimen comunista en Hungría.

La familia Gyurkovics es una novela de excelente factura; divertida por las disparatadas acciones de algunos de sus protagonistas; con diálogos extraordinariamente frescos y con una sucesión de secuencias que hacen que el lector no pueda dejar de divertirse lúdicamente con la sucesión de

hechos que la familia Gyurkovics va sufriendo y generando a lo largo de sus páginas. La plasmación realista de las falsas apariencias sociales, caracterizadas con la ironía propia de Ferenc Herczeg, agiliza asimismo esta novela y la pone en consonancia, desde el punto de vista crítico social, con la España de su tiempo, en la que novelistas como Galdós y *Clarín* intentaban igualmente reflejar una sociedad abocada necesariamente a un cambio político, social y económico.

* * *

Ferenc Herczeg nació en la ciudad húngara de Vršac¹ el 22 de septiembre de 1863, en el seno de una familia de clase media de origen alemán. El futuro escritor sería el menor de los tres hijos del alcalde de la localidad, Franz Josef Herczeg, quien no sabía hablar el húngaro y moriría muy joven en 1880.

Con el apoyo de su madre, de soltera Louise Hoffmann, nuestro autor estudió la secundaria en Szeged y posteriormente se licenció en Derecho en Budapest. El entorno social de su infancia había sido mayoritariamente pro-alemán; pese a ello, desarrolló una profunda conciencia nacional húngara que lo llevaría, más tarde, a convertirse en uno de los fundadores del nacionalismo húngaro.

Influenciado por el escritor romántico húngaro Mór Jókai (1825-1904), en 1886 comenzó a publicar relatos en la revista *Pesti Hírlap*; aunque el verdadero éxito le llegó con la publicación de la novela *Arriba y abajo* en 1890. Esta primera obra había sido escrita por Herczeg en prisión,

¹ Actualmente perteneciente a Serbia.

mientras cumplía condena por un delito de sangre. *Las hermanas Gyurkovics* (1893) y, tres años después, *Los chicos Gyurkovics*, lo consolidarían como un autor muy popular entre la clase media, adscrito a una estética puramente naturalista con elevadas dosis de crítica social.

En 1894 fundó el semanario *Új Idök* (*Nuevos Tiempos*), referente literario para la clase media húngara hasta el establecimiento del régimen comunista en 1949. Poco después, en 1901, se convertiría en presidente de la influyente Sociedad Petöfi —de actividad cultural y literaria—; trabajaría, además, como escritor oficial para el Ministerio de Prensa y formaría parte de la Academia Húngara de las Ciencias.

Como nacionalista húngaro fue elegido miembro del Parlamento de Budapest de 1896 a 1901 y, posteriormente, entre 1904 y 1918 por el Distrito de Pécs. Fue un firme partidario del conservadurismo húngaro representado por Esteban Tisza (1861-1918), al que defendió férreamente desde las páginas de *Magyar Figyelö*, publicación en la que colaboró desde 1911. Dentro de esa línea política, que procuró atraerse al campesinado, fomentar la industrialización y la protección de la clase media —incluidos los judíos, pues eran críticos con el antisemitismo de entreguerras—, Ferenc Herczeg simpatizó a partir de 1927 con el Movimiento Revisionista Antimarxista, que pretendía actualizar ideas desde principios puramente liberales y democráticos².

Herczeg mantuvo siempre un acentuado compromiso social y una conexión extraordinaria con la sociedad de su tiempo. En *Los chicos Gyurkovics*, Milano de Gyurkovics

² Ferenc Herczeg fue elegido presidente de la Liga Húngara en 1927.

es elegido diputado por el Distrito de Kécska y durante la campaña electoral previa realiza un discurso —bien es cierto que irónico y cargado de humor naturalista— que incide en la problemática austro-húngara del momento:

Fidelidad a la Triple Alianza; relaciones fraternales con Austria, desarrollando gradualmente los derechos de Hungría; eventualmente, una corte en Budapest, ejército nacional y banca nacional; hacer de Budapest una metrópoli, sin perjudicar a los centros culturales de provincias; desenvolvimiento de nuestra navegación sobre el mar y sobre el Danubio; solución radical del problema de las nacionalidades heterogéneas y de la filoxera; inteligencia entre las distintas religiones; disminución del impuesto sobre la tierra y anulación de los impuestos indirectos; libre fabricación del alcohol y libre cultivo del tabaco; centralización de la administración pública, ensanchando la autonomía de los municipios grandes; concesión a Kécska de un instituto del Estado y, eventualmente, de una Escuela Superior de Agricultura, guarnición militar, una remonta, despacho central de recaudación de impuestos, oficina central hidrológica y forestal, ferrocarriles secundarios, etc.

El autor de *La familia Gyurkovics* llegó a alcanzar altísimas cotas de popularidad literaria en su país, hasta el punto de que se promovió su candidatura al Premio Nobel de Literatura en 1926 y en 1927 por su novela *La puerta de la vida* (1919). Confraternizó también con la política y el régimen nacionalista conservador del Regente de Hungría, Miklós Horthy (1920-1944), cercano a los países fascistas, pero se opuso abiertamente al fascismo italiano y alemán.

Su decadencia en popularidad comenzó a partir de la República de Hungría (1946-1949) y, sobre todo, a raíz de la creación de la República Popular de Hungría el 18 de

agosto de 1949. Se dedicó entonces a labores de publicista³, pero, como consecuencia de la formación del régimen comunista, a principios de la década de 1950 fue deportado al Gulag de Budapest, siendo liberado tras la muerte del líder soviético José Stalin en 1953, cuando fueron liquidados esos campos.

Ferenc Herczeg falleció en Budapest el 24 de febrero de 1954.

* * *

Aunque influenciado originalmente por la obra de Mór Jókai, de corte romántico, el autor de *La familia Gyurkovics* desarrolló toda su obra dentro de los parámetros naturalistas, esencialmente por influjo de los escritores franceses Honoré de Balzac y Émile Zola. No obstante, sus rasgos singulares de humor, trazados magistralmente a través de una sutil ironía y de situaciones rayanas en el absurdo, tienen especial conexión con el naturalismo español, del que son claros exponentes Benito Pérez Galdós, Leopoldo Alas Clarín y Emilia Pardo Bazán.

Ya en 1893 el propio autor se había definido como autor naturalista en *Las hermanas Gyurkovics*, cuando desde el punto de vista del narrador escribe: «Ahora bien, como yo no soy persona respetable, sino un escritor naturalista, a quien le está permitido repetir las palabras de Clara, habré de decir que fueron las siguientes [...]».

El naturalismo tardío de Ferenc Herczeg no carece de rasgos propios: como Gustave Flaubert, el escritor húngaro se detiene en captar la vida cotidiana de los protagonistas,

³ Que ya había desempeñado para el Ministerio de Prensa a inicios del siglo XX.

monótona e incluso sin relieve, pero aportando pinceladas de ironía y situaciones cómicas que definen indiscutiblemente a los propios personajes. La señora Hetvicz, de *Los chicos Gyurkovics*, como Madame Bovary, se muestra insatisfecha en el medio burgués provinciano en que vive, del marido anciano y permisivo —aunque autoritario— y cae en amoríos que la entretienen del aburrimiento que la atenaza.

Como en el caso de Zola, los personajes de Herczeg vendrán determinados por el medio social en el que viven y por la herencia recibida, aunque el autor húngaro no experimentará literariamente con las corrientes filosóficas de finales del siglo XIX, como sí lo hace el autor de *Germinal*. Herczeg es un autor nacionalista, conservador y católico que trasladará sus principios a la novela, sin establecer paralelismos o antagonismos con los principios filosóficos o políticos del momento. De nuevo en *Los chicos Gyurkovics* (1896) hará referencia al socialismo y al Partido Liberal, siempre mediante la ironía y las alusiones cómicas, sin introspección ideológica por parte del narrador omnisciente en primera persona hacia los protagonistas que transitan las páginas de esa novela. No pretende el autor, por tanto, como los naturalistas franceses, resolver problemas de la vida cotidiana mediante el ejercicio de la escritura, sino reflejar la sociedad del momento y entretener al lector. Desarrolló, no obstante, un reflejo de las conductas humanas y de sus aspectos negativos, sin restricción moral ni estética. En definitiva, la novela naturalista europea que miró hacia la filosofía y la estética alemanas está en las antípodas de Ferenc Herczeg: él fue, sencillamente, un nacionalista húngaro anti-austríaco.

La sociedad húngara, entre 1890 y, al menos, 1939, quedó totalmente dibujada en la obra literaria del autor de *Los chicos Gyurkovics* (1896). Como hará *Clarín* en España, la novela húngara escrita por nuestro autor será el reflejo de la realidad del momento, desprovista de cualquier filosofía y con una sutil ideología y crítica social trazadas a través de una acentuada ironía y del sarcasmo. Se trata, por tanto, de una *nueva novela* que diferencia la sociedad austro-húngara del Antiguo Régimen de la nueva sociedad burguesa que en nuestra novela representan el político István Dénes e, incluso, Milano de Gyurkovics.

Además de las obras que se han citado y de la obtención de numerosos premios nacionales, Ferenc Herczeg escribió la exitosa obra de teatro *La hija del nabab del Dolova* (1893), que fue representada con excelente éxito de público. Destacan, además, las novelas *Los paganos* (1902), *La puerta de la vida* (1919), *El brigadier Oksay* (1902) y *El sueño del campo* (1912). En *La zorra azul*, por ejemplo, profundiza desde un punto de vista altamente psicológico en el adulterio, a partir de un triángulo amoroso, contando con excelente éxito de público en las reediciones actuales en Hungría. *El puente* (1925) y *Luces del Norte* (1930) son dos de sus mejores obras de la última época. Como dramaturgo destacó además con *La cámara de Honthy* (1896), *La primera tormenta* (1899), *Mano lava mano* (1903) o *Bizancio* (1904).

Las hermanas Gyurkovics fue llevada al teatro en 1896, con libreto del propio autor, gozando así de la popularidad que la convertiría en la obra más traducida a otros idiomas, entre ellos, el español. También la novela ha inspirado tres guiones cinematográficos: de 1915 data la película *Las siete hermanas*, dirigida por Sidney Olcott; *Gyurkovicsarna* fue

dirigida por John W. Brunius en 1920 y, en 1942, Frank Borzage dirigió la versión titulada *Seven Girls in Love*.

Ferenc Herczeg ha sido, además, uno de los primeros autores húngaros en contar con una entrada en la *Encyclopedia Britannica*.

* * *

La reedición en España de *La familia Gyurkovics* supone una actualización de la obra del autor húngaro, parcialmente conocido en nuestro país; pero, en la misma línea, supone apostar por el conocimiento de un autor *necesario* en la Literatura Europea de la primera mitad del siglo XX. Es cierto que es inseparable el yo-biográfico del yo-autor y que las características personales de Ferenc Herczeg, como las de otros coetáneos, dejan su impronta en esta y en las demás novelas, pero este excelente autor húngaro no deja de ser uno de esos autores europeos —como Louis-Ferdinand Destouches, *Céline*; Manuel Azaña; André Malraux; Rafael Sánchez Mazas; James Joyce...— de necesaria lectura, interesantes novelas y controversia sobre su propia personalidad, trayectoria vital y vicisitudes literarias. Además, *La familia Gyurkovics* es, quizá, la mejor carta de presentación de nuestro autor.

FRANCISCO JOSÉ PEÑA RODRÍGUEZ
Universidad Autónoma de Madrid

PRIMERA PARTE

LAS HERMANAS GYURKOVICS

En plena primavera tuve que desplazarme lejos, a Syria, para sostener en la pila bautismal a un chiquitín de seis meses. Es verdad que su entrada en este valle de lágrimas la había hecho en el pasado otoño, pero desde hacía la frioleira de ocho años, siendo yo todavía estudiante de Derecho, le había prometido al padre ser padrino de su primer hijo. Mis ocupaciones y la negligencia habitual en los habitantes de las capitales me impidieron hasta ese momento cumplir mi compromiso y mi amigo, tercamente obstinado, determinó que, si no era yo el padrino de su hijo, no lo sería nadie y por esta causa, durante los seis meses transcurridos, no dejé de recibir cartas, unas animosas, otras amenazadoras y apremiantes, que llegaban a mí desde las orillas del Sava.

Recibía las noticias del niño con regularidad:

El niño pretende ya atrapar con sus manos regordetas las cartas de la baraja, sorbe el vino de la cuchara y, cuando escucha la canción favorita de su madre, abre sus grandes ojos y chasquea la lengua. A pesar de todo esto, aún no está bautizado. El pope nos amenaza, la madre se aflige y la nodriza no se atreve a salir con él a la calle, porque los malintencionados vecinos no dejan de preguntar a cada momento: «Bueno, ¿nos quiere decir cómo se llama este niño?».

Por último, hace pocos días recibí este telegrama de la madre:

El niño ha hablado hoy por vez primera, para decirnos: «¡Que se vaya al diablo mi padrino!» —Olga.

Ante semejante noticia no pude resistir más y, metiendo en mi equipaje un caballito de cartón y una magnífica carroza, me eché en el bolsillo algunos ducados para el pope y emprendí el viaje.

Durante toda la noche dormí en mi departamento. Al despertarme nos hallábamos ya en los límites de la provincia de Bács-Bodrog. Era una mañana de primavera, deliciosa, magnífica. El tren rodaba por los campos, sembrados de rojas amapolas, entre verdes plantíos de colzas; sobre las acequias se perseguían las golondrinas y en el horizonte resplandeciente, de una blancura láctea, grandes bandadas de perdices, semejantes a enjambres de mosquitos, volaban a refugiarse tras los cañaverales. Algunas granjas y varios pueblos se escapaban al lado del tren que nos conducía. Las casas se agrupaban humildemente en torno a la iglesia, como si el ruido sordo y férreo del tren las hubiese asustado. De tiempo en tiempo aparecían algunas viviendas señoriales, con sus techumbres cubiertas de musgo y los toldos multicolores en las terrazas, que resplandecían luminosos a través del suave verde de los jardines.

En una diminuta estación, que tenía un nombre impronunciable, unas muchachas *buñevats*⁴ y algunos campesinos, que llevaban sobre los hombros anchos capotes de piel de cordero, se amontonaban alrededor del espacio cercado. Detrás de la cerca distinguí un coche, arrastrado por cuatro caballos, del cual descendieron tres señoras delgadas y distinguidas, apoyándose en la mano que les tendía un caballero.

Las tres señoras eran hermosas, bien proporcionadas, iban elegantemente vestidas y parecían tener vivo carácter. Dos de ellas eran morenas y la otra, rubia. Sin dignarse mirar a los que en torno de ellas se encontraban, se adelantaron por el andén con pasos largos y andar elegante. Pero, a pesar de su indiferencia, nadie dejó de mirarlas, ni

⁴ Uno de los distintos pueblos pertenecientes a la raza yugoslava.

los viajeros ni los campesinos ni las mujeres ni los gendarmes, ni siquiera yo mismo. Hasta el fogonero, con el rostro negro del carbón, las contemplaba con mucha curiosidad. Los mozos del ferrocarril se dieron prisa en abrir ante ellas la portezuela de un departamento de primera clase y el mismo jefe de la estación las acompañaba, llevando una maleta adornada con un monograma de plata. Sin duda, les parecía todo aquello muy natural y no demostraban la menor fiebre viajera, ni se inquietaban por nada; tan solo se ocupaban, con la más absoluta tranquilidad, en contemplar las flores que llevaban consigo, mientras el caballero que las acompañaba acariciaba a su perro, de pelo largo y brillante.

Silbó la locomotora y el tren se puso en movimiento. En el último instante, una mano hábil abrió la portezuela de mi departamento. Apareció primero el perro y tras él su dueño, el caballero acompañante de las tres hermosas damas.

—¿Queda aquí todavía un sitio libre? —preguntó.

Nos miramos un instante y al momento gritamos a una:

—¡Ferenc Horkay!

—¿Eres tú?

Después nos estrechamos las manos.

En otro tiempo Horkay había sido mi mejor amigo, el camarada favorito, con quien asistí a las clases del instituto y a quien el padre Cayetano solía asegurar solemnemente que acabaría su carrera, junto conmigo, nada menos que colgado de la horca.

Lo recuerdo todo exactamente. Era un muchacho muy astuto, poseedor de unos ojos taladrantes; era también el humorista de la clase, listo y flexible como un payaso y fuerte como una pantera joven. Temible enemigo de las

vendedoras callejeras, de los polizontes y de los dependientes de comercio; todos estos adversarios de los estudiantes sentían un miedo horrible a sus travesuras; en cambio, nosotros, sus compañeros de colegio, le adorábamos, viendo en él a nuestro señor y jefe. Gozaba en toda la ciudad renombre de fantasioso y aun de matón, aunque no había matado a nadie.

Cuando por primera vez entró en nuestra clase nos conquistó a todos inmediatamente, tanto por su aspecto arrogante como por su elegancia chulesca. Al entrar él allí fue como si atravesase la sala semioscura un riente rayo de sol; un soplo de libertad nos empujó a sentir horror, verdadero horror, hacia nuestros libros y nuestros cuadernos de escritura. Él, que era la oposición viviente a toda especie de autoridad, se transformaba para nosotros en una autoridad y lo mirábamos con respeto. Pero al final fue despedido de la clase, como lo había sido ya de media docena de institutos, y su padre lo encerró en un correccional de la capital.

Desde entonces no le había vuelto a ver y, cuando me acordaba de Horkay, me lo imaginaba siempre como un caballeresco capitán de bandoleros, una especie de Rinaldo Rinaldini moderno..., y he aquí que de repente me lo encuentro metido en un traje de caza de irreprochable corte inglés, ayudando a descender de su coche a tres guapas damas.

¡Ferenc Horkay! Era siempre el mismo. Todavía se mostraba bajo sus bigotes la amable arrogancia, la malicia y la risa burlona y todavía brillaba también en sus ojos el buen humor. Supuse yo que en lugar de la honda manejaría ahora la escopeta de caza y que, en vez de ser la preocupación

constante de las vendedoras callejeras y de los dependientes de comercio, lo sería de los maridos.

—Voy a Bács-Tamás, a dos horas de aquí —hubo de explicarme—, para celebrar la boda de Mária Gyurkovics, de la cual soy padrino. Las tres señoras que van en el otro departamento son hermanas de la novia.

—¿Eres pariente de ellas?

—Son mis primas, o algo por el estilo... Las he dejado solas porque tenían muchas ganas de dormir... La noche pasada hemos armado tal escándalo que no han podido pegar el ojo y la noche anterior la pasaron bailando hasta el amanecer.

—¿Y quedan todavía muchos modelos de tan hermosa especie?

—Son siete hermanas, como las siete hadas perversas. Su madre, la señora Gyurkovics, ha casado ya a cinco y ahora se casa la séptima —explicó Horkay.

—¿Entonces la sexta se prepara quizá para entrar en un convento?

Horkay se alzó de hombros y después dijo:

—¡Dios sabe lo que será de ella!

—¿Es fea?

—¡Al contrario! Los especialistas en la materia aseguran que es la más bonita de las siete... Pero yo no me fío de semejante juicio, porque, tratándose de esas siete hermanas, decir cuál es la más bonita resulta algo sumamente difícil; la que está uno viendo, sea la que fuere, es siempre la que mejor le parece.

Seguimos hablando un rato de las hermanas Gyurkovics y después emprendimos otro tema; pero al final llevamos nuevamente la conversación en torno a las hermanas Gyurkovics. Cada palabra que Horkay pronunciaba respec-

to de ellas me interesaba de modo extraordinario, porque aquella familia universalmente conocida hacía aún en la capital un papel no enteramente despreciable. Todo el mundo las conocía, todo el mundo las tenía vistas en la calle, en las pistas de los patinadores, en los bailes...

La familia Gyurkovics, de Bács-Tamás, guardaba todos los años en su bolsillo, hacia el Carnaval, las ganancias de la venta del tabaco y se trasladaba a Budapest a casa del diputado Gyurkovics. En cuanto sentían bajo sus pies el asfalto de Budapest y sobre sus rostros las miradas curiosas de tanta gente desconocida, ya no eran las mismas. Al mediodía, madre e hijas llamaban la atención general en la calle Váci y, después de comer, en la pista de los patines; por la noche, la familia frecuentaba los teatros y los bailes, unos tras otros y hasta la madrugada no cesaban de bailar y de vaciar botellas de champán. Allí donde ellas se dejaban ver, un torrente de órdenes caía sobre los camareros y sobre los cingaros⁵.

La familia Gyurkovics era una de aquellas grandes familias como las que existieron en los lejanos buenos tiempos patriarcales.

En las salas de los restaurantes un gran número de muchachos se ubicaban siempre en torno a la gran mesa de los banquetes, todos mozos adecuados, con el rostro tostado por el sol, en los que se advertía enseguida el excelente efecto del aire meridional. Había allí, entre ellos, diputados, terratenientes, militares y magistrados.

Por otro lado, los hermanos Gyurkovics gozaban de la reputación de que, dondequiera que iban, cortejaban a todas las muchachas, pero nunca llegaban a casarse con nin-

⁵ Gitanos que viven en países del Este de Europa, como Hungría o Rusia.

guna. En cambio, ningún hombre entraba en relaciones amorosas con una señorita Gyurkovics y no se casaba con ella enseguida.

Todos los años traía la buena señora a Budapest a una de sus hijas para buscarle allí un marido. Y, cuando una de ellas entraba con felicidad en los lazos del matrimonio, la siguiente aguardaba ya con impaciencia el momento en que le permitiesen usar faldas largas. Eran hermosas muchachas, animosas y muy coquetas, capaces de estar bailando una noche entera sin que se pudiera advertir sobre su rostro la menor señal de cansancio. Al llegar la madrugada y después de haberle pedido con una mirada permiso a su hermano mayor, el diputado, solían encender un cigarrillo y, cuando uno de sus vecinos de mesa comenzaba a enternecerse bajo los efectos del champán y de los brazos desnudos de la muchacha, ella solía decirle con mucha solemnidad: «Hable usted con mamá».

De esta manera consiguieron las siete hermanas, una tras otra, el marido correspondiente; confirmándose que, sin excepción, las siete fueron después buenas esposas y excelentes madres de familia.

Cuando en una de las tiendas elegantes de la calle Váci se exponía el ajuar de las novias próximas a casarse, las gentes, admirando los manteles y las ropas con puntillas de encaje, adornadas con un escudo —una cabeza blanca de gato sobre campo rojo—, comenzaba a echar cuentas sobre cuánto podía ser la dote. Pero los iniciados sonreían, porque sabían muy bien que, aparte los peinadores llenos de canesús, ellas no recibían por dote más que unos muebles de terciopelo para salón y, como pensión anual, veinte botes de mermelada de albaricoque o de ciruela, que la

señora Gyurkovics solía enviar regularmente en otoño a sus hijas casadas.

Durante cerca de dos horas no hablamos de otra cosa que de las hermanas Gyurkovics, hasta que el tren llegó a Bács-Tamás. Es decir, el que hablaba era solo Horkay: yo le escuchaba, poniendo en mi atención un gran interés. Conocía Horkay admirablemente a sus heroínas y narraba sus hazañas poniendo en el relato una suave ironía, como un padre que se vanagloria de las travesuras de sus hijas. Pero se dejó sentir también en él algo así como el tono de un cómplice a quien corresponde una parte intelectual en esta o en aquella comedia desarrollada con éxito.

Cuando el tren comenzó a andar sobre el puente de Tamás era yo conocedor por completo de la historia de las siete hermanas Gyurkovics.

En realidad, no se trataba ni siquiera de historias, pues todas las narraciones comenzaban con el primer baile de la muchacha y acababan con su boda. Antes de su primer baile, las muchachas llevaban una existencia más bien misteriosa, hundidas en las tinieblas del cuarto de los niños; después del matrimonio... volvían a desaparecer en las tinieblas del cuarto de los niños.

Quedé, pues, iniciado en las historias de las señoritas Sarolta, Ilona, Katalin, Theréz y Elise y conocía igualmente los hechos de la novia actual. Margit no había visto nada de la vida. Únicamente había tomado parte en algunos bailes, había rehusado a algunos distinguidos pretendientes y permanecía soltera. ¿Por qué?... Nadie habría podido decirlo; quizá ella menos que las demás.

—Probablemente está enamorada de alguien —dije yo.

Horkay me miró asombrado, como si no hubiese comprendido aquellas palabras, a pesar de ser tan inteligibles.

Ya en la estación, el padrino de la boda era esperado por una muchedumbre bulliciosa, compuesta de algunas alegres señoras y señoritas, una multitud de muchachitos con sus gorras de marinero, algunos señores y dos o tres criados de librea verde, que permanecían algo apartados, como en segundo término. Con el ruido del tren y el silbido del vapor en libertad se mezclaban los sonidos de la música de los cíngaros; detrás de la estación aguardaban algunos coches de cuatro caballos, oyéndose los relinchos y el patalear de los animales. Un coronel de húsares fue pasando revista con cierta impaciencia a las ventanillas de los vagones. Cuando llegó al que ocupaban las tres bellas damas, sintió que le arrojaban al rostro un puñado de rosas, mientras una voz alegre gritaba: «¡Aquí estoy!».

Horkay me dio la mano, despidiéndose, silbó al perro y descendió al andén. Le fui siguiendo con la mirada y pronto pude ver cómo su sombrero verde de caza desaparecía bajo una coloreada sombrilla de mujer. ¡Cuántas cosas intencionadas sabía decir a las damas!

El expreso continuó su camino y las acacias plantadas cerca de la verja de la estación me impidieron seguir viendo más. En aquel momento pude dedicarme a reflexionar con toda tranquilidad y, mientras los plantíos de colzas amarillas y los campos verdes desaparecían con una rapidez vertiginosa cerca del tren y el aire de la primavera acariciaba mi rostro a través de la ventanilla entreabierta, las hermanas Gyurkovics seguían estando en mi pensamiento.

Cuando descubrí a lo lejos la fortaleza de Pétervárad, erguida con altivez amenazadora sobre el azul del cielo meridional, ya había construido yo *in mente* la historia de las siete hermanas. En las páginas que siguen quiero reproducir esas modestas narraciones, que ni siquiera terminan

FERENC HERCZEG

en punta, pues ya he dicho que todas ellas acaban de la misma manera.

Quiero decir que las siete historias acaban en boda.

I. SAROLTA

No sé exactamente en qué año de nuestra era cristiana —aunque de todas maneras ello fue en la era de los bailes de atletas— sucedió que en un baile presentaron a un joven a la señorita Sarolta de Gyurkovics. El lector pensará, seguramente, que estas presentaciones son acontecimientos cotidianos y naturales, sin ningún interés trascendental; pero, si es tan amable que nos presta su atención hasta el final, habrá de declarar que con semejante presentación dio comienzo una acción de la mayor importancia.

Precisamente, estaba tocando la música en aquellos momentos el vals *Corazón de mujer*. Fuertemente encorsetada y muy alegre, la muchacha se encontraba en compañía de su madre, admirablemente conservada, en la proximidad del grupo que rodeaba a la dama anfitriona. Si no fuese yo uno de los autores más concienzudos, diría simplemente que la señora y la señorita de Gyurkovics se encontraban entre el grupo de la dama patrocinadora. Pero, como no quiero faltar a la verdad histórica ni incurrir en pecado contra la ambición social de la familia Gyurkovics, digo que las dos mujeres se encontraban en la proximidad del entorno de la dama.

Ferenc Horkay, tomando del brazo a un muchacho, se abrió paso a través de un muro de fracs y dijo a su linda prima:

—Sarolta, te presento a mi mejor amigo..., el señor..., ¿cómo es?

Resultó que había olvidado el apellido de su mejor amigo. Recordaba únicamente que su nombre era Zoltán;

pero de su apellido no tenía en aquel momento la menor idea. El presentado se inclinó y, con esa gracia angulosa que parece ser entre la nobleza el signo de la juventud, dijo:

—Me llamo Zoltán de Hidvéghy.

Después puso la mano en torno a la obra maestra hecha de ballenas y alambres de acero, dentro de la cual estaba oprimido el cuerpo juvenil de la pobre Sarolta y comenzó a dar vueltas con ella a través del salón, siguiendo el compás de la música.

Los dos bailaban admirablemente. Cuando llegaron al otro extremo del salón, en donde, por causa de la mucha gente allí agrupada, no podían seguir bailando y tenían que pasear, apoyada la muchacha en el brazo del joven, Hidvéghy rogó a Sarolta le concediese el segundo rigodón. Sarolta, antes de contestar, lanzó una mirada interrogadora hacia el lugar en que se encontraba Horkay, el cual, cerca de ellos, se ocupaba de cortejar a una hermosa dama. Pero el mozo se alzó de hombros, como si con semejante gesto quisiera decir: «Puedes bailar con él, pero bajo tu responsabilidad».

—Concedido —dijo Sarolta a su pareja.

—¿Me reconocerá usted cuando vuelva a presentarme para el rigodón? —preguntó Hidvéghy.

Sarolta tomó un clavel blanco del recogido que adornaba su hombro izquierdo y con un gesto de inocencia se lo ofreció al muchacho, al mismo tiempo que le decía:

—De este modo le reconoceré a usted.

Permítaseme ahora intercalar aquí una pequeña digresión. Como ya he dicho anteriormente, Ferenc Horkay tenía cierto parentesco, aunque bastante lejano, con la familia Gyurkovics, y ya desde sus buenos tiempos de alumno

del Instituto venía figurando como enamorado de uno de los miembros femeninos de aquella numerosa familia. De todos modos, su amor se manifestaba con cierta moderación, precisamente la que es costumbre usar cuando uno se enamora de una prima guapa. Se le toleraba en casa de los Gyurkovics porque sabía hacerse útil. Él era quien enseñaba a las muchachas a bailar el *resgócsárdás*, él quien las iniciaba en el arte de los patines y sobre él ensayaban las señoritas Gyurkovics cuando querían aguzar las armas de la coquetería.

Horkay era también el que les presentaba a los muchachos, y, si hubiera sido alguna vez preciso, él habría sido también el que por ellas se batiese en duelo. En una palabra, él llenaba todos los deberes del primo joven y como compensación gozaba de todos sus derechos. Entre estos derechos figuraba, entre otras cosas, el poder hacer la corte sin consecuencias a las muchachas y el que estas al llegar la Navidad le obsequiasen con pitilleras que ostentaban sus iniciales.

Pero ahora volvamos a Sarolta, que colgada del brazo de Hidvéghy para tomar parte en el rigodón fue a colocarse con naturalidad en el extremo del salón más alejado del sitio en el que se encontraba sentada su madre.

—¿Dónde ha nacido usted? —preguntó Sarolta.

—En el departamento de Sáros —fue la respuesta.

Horkay, que se encontraba situado frente a ellos, sonrió ligeramente. Los habitantes de la Bácska tenían la costumbre de burlarse un poco de los habitantes de Sáros y estos, a su vez, les devolvían la burla.

—¿Piensa usted pasar todo el invierno en Budapest? —preguntó Hidvéghy a su vez.

La muchacha protestó enérgicamente contra semejante suposición.

—¡Dios me libre! Sería demasiado aburrido. No estaremos más que unas dos semanas y después proseguiremos nuestro viaje con dirección al sur.

—¿Hacia el sur? ¿A Italia quizá? —preguntó el mozo.

Horkay, que dirigía el rigodón, se alejó precipitadamente para que Sarolta pudiese responder, sin verse descubierta, que, en efecto, ellas pensaban pasar una temporada en Italia.

—Pero... supongo que pasarán ustedes el verano en la Bácska...

—En efecto: la mitad del verano, en nuestro castillo, y la otra mitad, en distintos balnearios.

Cuando Hidvéghy oyó la palabra «castillo», se arregló la corbata blanca y, de repente, adoptó un aire de gran distinción. Habría deseado continuar su interrogatorio, pero no fue necesario hacerlo porque la muchacha siguió hablando sin necesidad de que la interrogase.

—En el campo la vida no es tan aburrida como generalmente se la imaginan los habitantes de las grandes ciudades... Durante la mañana se acostumbra dar un pequeño paseo por las alamedas del parque; nosotros tenemos un parque muy grande y muy bonito..., unas doscientas hectáreas... Al caer la tarde salimos a caballo o en coche... Yo prefiero el coche, porque eso me permite guiar con mis propias manos mis cuatro jaquitas predilectas... A menudo solemos tener huéspedes en el castillo... Unas veces, los barones Ezibarics, que son nuestros parientes más cercanos; otras, los condes Szilvássy... ¿Conoce usted al conde Szilvássy?

Hidvéghy respondió:

—Si no me engaño, le he visto alguna vez. Probablemente habrá sido en casa de mi tío, el ministro...

Al oír la expresión «el ministro», Sarolta examinó con cierto respeto a su pareja. Los dos muchachos hablaban ya como si se conocieran desde años antes. Hablaban amigablemente, pero con cierta afectación, y hasta creo que Hidvéghy hacía sonar un tanto las erres entre sus dientes.

—Cuando salgamos de Budapest nos detendremos un poco en Kalocsa —dijo la muchacha— con propósito de hacerle una visita a nuestro tío el arzobispo... Es un viejecillo sumamente cariñoso... A mí es a la que más quiere de toda la familia y le gusta gastarme bromas... Algunas veces acostumbra a decirme: «Sarolta, yo me encargaré de buscarte un marido».

—Me parece que el marido se encontrará sin que su eminencia tenga que molestarse en buscarlo —afirmó Hidvéghy.

—Lo mismo creo yo —añadió Sarolta.

Reflexionó ella durante algunos instantes sobre ese tema y después preguntó a su compañero de baile:

—¿Luego usted es de la provincia de Sáros?

—Sí; he nacido en Hidvéghy, en la provincia de Sáros... Poseo allí una modesta propiedad —cerca de dos mil hectáreas—; pero no me gusta vivir en ella, porque mi castillo es demasiado lúgubre y vivir en él resulta muy aburrido... Imagínese usted una fortaleza de caballeros salteadores, sobre la que pesa una vejez de cinco siglos, con negruzcos torreones y hasta cincuenta grandes salones, cada uno de los cuales es tan amplio como una iglesia...

—Pero todo eso debe de ser muy interesante... —dijo Sarolta—. En nuestra casa no hay cosas parecidas. Creo que toda la Bácska no alcanza la fecha de cinco siglos.

—En esas viejas fortalezas se imagina uno vivir dentro de una cárcel —respondió modestamente el joven.

—¿Sin duda por eso pasa usted todo el año en Budapest? —le interrogó Sarolta, llena de curiosidad.

—Sí, por eso. Pero también hay otra razón poderosísima para que yo permanezca en la capital, y es que tengo una profesión regular... Usted no lo habría creído, ¿verdad? Soy víctima de los prejuicios de los míos. En mi familia, desde hace la friolera de cinco siglos, siempre ha habido jueces —presidentes del Tribunal Supremo, etc.—, y por eso se introdujo en ella la costumbre de que uno de sus miembros hubiese necesariamente de abrazar la carrera de la magistratura... Ahora soy yo la víctima, el que tiene que dedicarse, quiera o no, a la carrera judicial.

—¡Realmente es muy interesante! ¿Y qué categoría ocupa usted dentro de su carrera?

—Ya ve usted, soy ya ¡escribano de los Tribunales! ¡Yo, escribano de los Tribunales! Cuando me nombraron para ocupar el cargo me reí en las barbas de mi tío, el ministro, y él también se rió, diciéndome: «¿Qué quieres que hagamos? ¿No querrás comenzar tu carrera por la presidencia del Supremo?».

El rigodón terminó y el sobrino del ministro hubo de acompañar hasta su puesto a la sobrina del arzobispo.

Más tarde, Sarolta dijo a Ferenc Horkay: «De todos los muchachos, el que más me agrada es ese Hidvéghy. Es un joven muy distinguido y no demasiado arrogante».

Por su parte, Hidvéghy hubo de decir a su amigo: «De todas las muchachas que se han puesto de largo este año, tan solo Sarolta de Gyurkovics vale algo. Es muy hermosa y no del todo afectada».

Y Horkay se dijo en silencio: «Los dos harían muy buena pareja y se considerarían muy satisfechos de ser el uno para el otro».

Una noche de cierto día de la semana, la señora y la señorita de Gyurkovics se encontraban cenando en el Hotel de Hungría. Por día de la semana entendían las señoras aquellos días en que no tenían que asistir a un baile o a alguna merienda. El director de los cingaros, que figuraba entre los adoradores secretos de Sarolta —lo mismo que los camareros—, comenzó a tocar una canción que gustaba especialmente en la Bácska, cuando el talle gentil de Hidvéghy apareció por entre las mesas del restaurante.

Traía puesto un magnífico abrigo de invierno, muy estrecho por la parte de las caderas, y miró con cierto descaro a las señoras que estaban en aquel momento cenando. De pronto descubrió a Sarolta. En la mirada de la muchacha debió de advertir algo que Hidvéghy tradujo por «tome usted asiento, si quiere», porque el muchacho se detuvo ante la mesa de las dos señoras.

En la misma mesa se hallaban sentados también algunos jóvenes, que le fueron presentados como los obedientes hijos de la señora de Gyurkovics: un diputado, un oficial de húsares, un juez de provincia y un Gyurkovics sin profesión.

Todos ellos eran grandes bebedores y jamás dejaban de brindar antes de llevarse la copa a los labios. Cuando una vez, distraído, el diputado se olvidó de hacerlo, los otros le miraron con gesto de reproche y dijeron tristemente: «Bebe como un músico serbio».

A pesar de todas mis averiguaciones, no me ha sido posible saber por qué razón los jóvenes Gyurkovics sentían un desprecio tan grande hacia los músicos serbios.

¿A qué malgastar inútiles palabras? Hidvéghy y Sarolta se volvieron a encontrar al día siguiente sobre el hielo de la pista, patinando, y después en algunos otros bailes, y, por último, todos los días.

La señora Gyurkovics comenzó a preguntar a Horkay:

—Vamos a ver, con franqueza, ¿quién es ese Hidvéghy?

—No sé nada de él... Únicamente que frecuenta el club de los aristócratas y que es escribano de los Tribunales.

—Basta con eso... ¿Qué tal empleado hace?

—Dicen que es puntual y honrado; pero que es un poco fanfarrón.

—Dios mío, si no es más que eso...

Una noche volvían de patinar. Los faroles estaban ya encendidos y los muchachos caminaban de prisa, haciendo sonar los patines entre las manos. La señora Gyurkovics y Horkay los seguían un poco más despacio.

—Pasado mañana nos marchamos de Budapest —dijo Sarolta. Y agregó, con una triste sonrisa—: No me marchó del todo contenta.

La tristeza de Sarolta influía de tal modo sobre el ánimo de Hidvéghy, que este, ya en la escalera del hotel, dijo: «Saroltita». La palabra Saroltita no tiene en sí misma nada de particular; pero, cuando se pronuncia con un tono tan apasionado y doloroso como la pronunció Hidvéghy, entonces la que lleva ese nombre debe ruborizarse hasta enrojecer sus orejas, y su corazón debe latir más de prisa. Cuando se encontraron los dos solos en el pasillo, la muchacha había recobrado su presencia de ánimo, y dijo en voz baja:

—¡Qué raro está usted esta noche! ¿Quiere usted decirme algo?

—No, no quería decirle nada, sino únicamente besar sus mejillas.

¡Sus mejillas! Pero Sarolta, a pesar del susto, se escurrió tan hábilmente que los labios de Hidvéghy, ¡gracias a Dios!, no encontraron más que una de las orejas de la muchacha.

Al día siguiente, Sarolta no consintió que el joven se aproximase demasiado a ella, por suponerle proyectando un encontronazo parecido al del día anterior. Cuando se despidió, le tendió, no obstante, la mano y le dijo con las mejillas encendidas y los ojos húmedos:

—¡Zoltán, no sea usted tan atrevido!

—Pero ¡si la quiero a usted tanto! —dijo el escribano de los Tribunales.

Al siguiente día, Sarolta comunicó sus penas a Horkay. Sin embargo, no llegó a mencionar lo del beso. ¿Para qué? Dijo únicamente:

—Si me ama, no debe ser atrevido más que para hablar a mamá, porque... creo que no me desagrada del todo.

Pero Horkay respondió:

—Hay que animar al muchacho.

Es muy extraño. Generalmente, los jóvenes de Sáros no tienen necesidad de que se les anime cuando se trata de asuntos semejantes.

El resultado de la indicación de Ferenc Horkay fue el siguiente telegrama que la señora Gyurkovics envió a Bács-Tamás:

Nos quedamos una semana más. Sarolta está a punto de alcanzar una suerte inesperada: Zoltán de Hidvéghy, descendiente de una gran familia, poseedor de una propiedad de dos mil hectáreas, libre de hipotecas, con un castillo romántico y un tío ministro. Más detalles por correo.

Al propio tiempo, Hidvéghy envió este telegrama a su madre, viuda de un empleado de Sáros:

Estoy en relaciones con Sarolta de Gyurkovics, hija de una riquísima propietaria de la Bácska, sobrina y heredera universal del cardenal primado. Escribo.

Es bien evidente que, si el señor cardenal primado de Hungría vino a ocupar el puesto que corresponde al arzobispo de Kalocsa, fue tan solo por una comprensible distracción que sufrió al telegrafiar el enamorado Hidvéghy.

La señora y la señorita de Gyurkovics permanecieron, pues, una semana más en Budapest. Durante este tiempo, Hidvéghy estuvo sentado a todas horas junto a su novia en el salón del hotel, y mientras los hermanos Gyurkovics demostraban su amor fraternal diciendo chistes, viejos como el mundo, ajustados a la situación de los enamorados, la señora de Gyurkovics amplió infatigablemente sus funciones de señora de compañía. Pero, a pesar de la severidad maternal, sucedía con frecuencia que, en la mesa, los novios ponían en práctica toda su natural astucia para ofrecerse mutuamente los platos, con objeto de poder al mismo tiempo hacer que sus manos se rozasen; y con demasiada frecuencia trocaban sus respectivos vasos para tener motivo de cambiarlos nuevamente. El amor —si debemos creer a Horkay— volvía a Hidvéghy completamente tonto y a Sarolta dulcemente sentimental. En otro tiempo la muchacha había sostenido frecuentes disputas con su hermano mayor; pero ahora sus ojos se llenaban de lágrimas apenas se le hablaba en tono algo severo.

Sarolta se había vuelto especialmente dulce y melancólica de carácter; luego su temperamento nervioso quedó

dulcificado, cediendo el puesto a una constante tristeza. Parecía como si no fuese la felicidad, sino una gran desgracia, lo que le aguardaba, y también Hidvéghy se volvió cada día más taciturno y más sombrío.

Horkay comenzó ya a sentir compasión de los dos enamorados e hizo esfuerzos, que resultaron completamente inútiles, para devolverles la alegría.

Los novios querían confesarse mutuamente la pena que pesaba sobre sus almas. Esto sucedió una tarde en que la señora de Gyurkovics se vio vencida por el sueño, y los dos enamorados pudieron charlar tranquilamente en el hueco de una ventana, a donde se habían retirado.

—¿Dónde te gustaría vivir una vez casada? —preguntó Hidvéghy, pensativo.

—¡Oh, a mí me es igual!—respondió con viveza Sarolta—. Donde tú estés me encontraré siempre a gusto.

—En verano quizá podamos pasar algunas semanas en casa de tu madre.

—Naturalmente, mamá sabrá reservarnos un rinconcito en su casa.

Ella dijo «casa» y no «castillo». Y siguió hablando de la «casa» tímidamente, ruborizándose cada vez que pronunciaba dicha palabra; sin embargo, con la conciencia tranquila, como si se estuviera confesando.

Cortó una buena parte de la techumbre, hizo desaparecer varias hileras de ventanas, logró que los muros se acercasen un tanto, hasta que el imponente castillo quedó convertido en una hermosa casita de campo.

Después comenzó a hablar del jardín. En realidad, era un jardín precioso, con un emparrado y un juego de bolos. Pero el parque de doscientas hectáreas, del cual ella tanto había hablado en el baile, no era de ellos, sino del conde,

en cuya casa su tío llenaba las funciones de procurador... Ahora, que les estaba permitido visitar el parque siempre que querían.

Se calló Sarolta y miró angustiada el rostro de Hidvéghy, para ver el efecto de sus confesiones. «¡Ah, conque todo se reducía a esto! —pensó él—. ¡Luego yo puedo también hacer saltar por los aires la fortaleza de mis antepasados!».

Y así lo hizo, diciendo:

—De todos modos será mejor que pasemos el verano en casa de tu madre, porque en nuestra casa no hay sitio... Mi madre habita una casa de alquiler y el castillo fortificado pertenecía a un primo de mi madre, que lo vendió hace ya cuarenta años a un industrial, que lo ha transformado en fábrica de aguardiente.

La confesión había llegado a su fin y el joven respiraba libremente. ¡Ah, cómo odiaba aquel viejo castillo, con sus torreones negruzcos! Desde hacía varias semanas gravitaba sobre él como una pesadilla.

Sarolta se puso de repente muy alegre. Comenzó a reír y enseguida fue también reduciendo sus propiedades de la Bácska a su justo valor. La cosa se iba reduciendo tanto, que la enorme posesión quedó convertida en una finquita de novecientas hectáreas de buena tierra negra, pero que habían de repartirse entre trece hermanas y hermanos. Después se puso de nuevo muy seria.

—Pobre Zoltán —dijo—. Tu novia es un mal partido, ¿verdad?

Hidvéghy se puso casi furioso:

—Te suplico —dijo fríamente— que no me consideres como un cazador de dotes.

—¡Oh, perdóname! Eres un hombre, y podrías mantener con tu trabajo honrado a una mujer, aunque fuese

más exigente que yo —respondió Sarolta, dejando caer su cabecita morena sobre el hombro de su novio; es decir, la habría dejado caer si la señora de Gyurkovics no se hubiera despertado en aquel preciso instante y no hubiera detenido la caída con una severa mirada.

La primavera siguiente Zoltán de Hidvéghy fue nombrado juez de partido y dos semanas después se celebraba el matrimonio en casa de los Gyurkovics.

Si el señor juez de partido pensaba que su esposa no recibiría nada como dote, se equivocó de medio a medio: recibió los muebles para tres habitaciones, un piano y una buena batería de cocina. Además de esto, también recibió un magnífico equipo, consistente en seis docenas de pañuelos y otras tantas de medias, y quién sabe cuántas cosas más.

Y al empezar el otoño llegó una caja con los botes de mermelada de albaricoque.